

reivindicaciones políticas y sociales de las mujeres parecían afectar la realidad chilena y, también, cuando las mujeres atentaron contra la vida de sus propios hijos.

El resultado del libro es una historia de las mujeres que logra subvertir el conocimiento existente, ¿por qué?: porque genera un cuestionamiento de las relaciones de poder a partir de las cuales se configuró la dicotomía público-privado, y desde donde se ha justificado la opresión de las mujeres; porque desnaturaliza los sesgos desde los cuales se ha intentado comprender el accionar de las mujeres, es decir, aquellos que asocian la mujer al espacio privado y; finalmente, porque relee el accionar de las mujeres, contribuyendo a la construcción de un relato que reivindica el papel de las mujeres en espacios considerados ajenos a ellas. Las mujeres penquistas de aquella época habrían generado espacios de autonomía, es decir, formas de gobernar sus propias vidas en contextos de subordinación. Así se diluye la frontera existente entre lo público y lo privado y queda en evidencia la importancia de las mujeres en la economía, tanto a nivel familiar como local.

Yessenia Puentes Sánchez  
Licenciada en Historia

Freddy Timmermann López, *El Gran Terror. Miedo, emoción y discurso. Chile, 1973 – 1980*, Ediciones Copygraph, Santiago de Chile, 2015, 337 páginas. ISBN 978-956-7119-70-7

A pesar de haberse desarrollado un interés cada vez mayor por la Historia de las emociones, sobre todo en el mundo anglosajón (Peter Burke, Barbara Rosenwein, Joanna Bourke, entre otros), se puede afirmar que en el caso de nuestro país, se trata de un campo prácticamente inexplorado. Esto, a pesar de la innegable renovación temática y de enfoques que ha vivido la historiografía chilena de las últimas décadas.

Precisamente, el reseñado trabajo de Timmermann se constituye en un paso más en este proceso de diversificación historiográfica nacional. Como el autor afirma, *El Gran Terror* se sumerge en el complejo campo de las emociones, como elemento básico de la conformación psíquica humana. Se trata de un libro teórica y metodológicamente ambicioso, y, por momentos, extremadamente denso en conceptos, sobre todo provenientes del ámbito de la psicología.

La tesis planteada es que el miedo, en su condición de emoción básica, puede ser (ha sido) instrumentalizado políticamente y colaborar en la construcción de fuertes inter-subjetividades sociales. Específicamente, habría jugado un rol crucial tanto en la ocurrencia del Golpe de Estado de 1973, como en el desarrollo del Régimen cívico militar posterior (término de Timmermann) y en la creación de una nueva realidad política chilena llevada a cabo por la Dictadura y encarnada en la Constitución de 1980. Pero no se trataría de un miedo monolítico, sino de uno histórico, es decir, susceptible de transformarse con el paso del tiempo y acorde, en este caso, con objetivos políticos también variables. En otras palabras, el miedo se configuraría

como un elemento operante de la realidad, posible de ser aprehendido en su dimensión histórica y aquí radica, creemos el principal aporte metodológico de la obra.

El plan de la misma, sus fuentes y limitaciones temáticas y metodológicas, se plantean en la Introducción. Timmermann se centra en las élites político-militares gestoras del Régimen, y su estudio se basa sobre todo en el análisis de los discursos presentes en los documentos oficiales (Declaración de Principios de la Junta, Objetivo Nacional, Declaración de Chacarillas y Bandos oficiales, entre otros). Así, deja de lado a sectores más amplios de la sociedad civil, sobre los cuales reconoce, el miedo debió operar y manifestarse de forma particular, más aún, cuándo los recursos que tenían para hacerle frente eran evidentemente escasos en relación con la situación de las élites mencionadas. Por ello, el Gran Terror abordado en la obra, será el miedo de las élites en el doble sentido del conector: en primer lugar, porque se aborda el miedo que sienten, y, en segundo, el miedo que provocan y administran para contrarrestar al primero.

Precisamente, la relación entre miedo e interpretación, es abordada en el capítulo I “Miedo y Terror”, el más denso en términos conceptuales, que entrega una definición de miedo como emoción de base biológica, provocada por un objeto real o imaginario percibido como amenaza. Visto de esta manera, el miedo en sí no posee dimensiones problemáticas, ya que es posible elaborar una salida sana a la emoción, es decir, una neutralización efectiva del objeto del miedo. Sin embargo, la imposibilidad de su neutralización (p. 46), es decir, la percepción de que el objeto del miedo supera nuestras posibilidades de control, podría dar origen a los miedos derivativos, una suerte de trastorno que habría conducido a las élites estudiadas a una sobre-reacción, frente a lo que interpretaron como amenaza global encarnada en el marxismo y sus seguidores chilenos antes y durante el Gobierno de la U.P.

Ya en el terreno histórico-temático, el capítulo II “Conflicto y Violencia”, explora el contexto global y nacional en el que surge el miedo estudiado. La Guerra fría y procesos de carácter local, como los discursos relativos al uso de la violencia de algunos sectores de la izquierda, las campañas de terror de la CIA, la Reforma agraria, etc., habrían generado en la élite, la creciente sensación de amenaza sobre el orden que les permitía sostener su condición (p. 77-8). La Reforma Agraria en particular, interpretada como una forma de violencia en su contra por los terratenientes, lectura que recuerda a la formulada por Stabili (2003). De vital importancia en este panorama, resulta la percepción de una división radical entre los civiles y los militares; éstos últimos, se habrían percibido tradicionalmente como garantes del orden mencionado y una suerte de reserva moral sustraída a la turbulencia política del momento, en tanto representarían valores supremos inmutables (la Patria, la familia, la propiedad privada, etc.) (p. 102 y ss.).

Los capítulos: III “Percepciones del miedo 1973”, y: IV “Atrapados, sin salidas. Hacia el Gran Terror”, abordan la situación inmediatamente posterior al Golpe de Estado. En este punto, se desataría la “guerra contra el marxismo”, y habría sido necesario posicionar, a través de los bandos, la idea misma de que se desataba una guerra. Aquí la violencia extrema habría servido como una suerte de catarsis para los sectores golpistas, motivados por sus miedos derivativos.

El mismo Golpe, sería interpretado, en el discurso del Régimen como un triunfo en la guerra global con el imperialismo soviético (p. 105). Timmermann establece una evolución en el tipo de violencia ejercida desde 1973 a 1974: desde una abierta y desatada, cuyo fin era remover al Gobierno de la UP y desarmar cualquier intento de resistencia, a una más controlada, selectiva y cuasi formalizada, a través de detenciones focalizadas, prisión y tortura (pp. 110-114). Mención especial merece la extrema brutalidad ejercida en el campo (el autor ejemplifica con lo ocurrido en la provincia de Ñuble), lo que se relacionaría con la suerte de revancha que habrían llevado a cabo ciertos terratenientes que sintieron desafiados sus privilegios durante la Reforma Agraria (p. 115 y ss.). Así, en el torbellino de la violencia institucional, los arrebatos de venganza personal habrían tenido una vía de manifestación más que propicia (p. 120-1).

Timmermann sitúa en este momento el origen del Gran Terror: la constatación por una parte importante de la población, incluso la que habría apoyado el Golpe, de que los agentes del Estado podían constituir un peligro para civiles que nunca se habían involucrado con la U.P., ni con el marxismo. Es decir, la identidad del enemigo que el Régimen estaba combatiendo se volvió borrosa. De esta manera, habría comenzado a recurrirse al pacto de denegación, que el autor describe como la búsqueda de justificaciones, aún inverosímiles, para el actuar de los agentes represivos, en palabras simples, se asume que los reprimidos: “algo habrán hecho” (p. 108).

El extenso capítulo V, “La producción del Gran terror en el Régimen cívico militar en Chile. 1973-1980”, analiza la necesidad, surgida tras la derrota total de la U.P., de mantener la idea de amenaza generalizada como principal elemento de legitimación del Régimen. Para ello, se recurre a las tecnologías de la comunicación de la época y los preceptos de la psicología de masas, produciéndose una calculada e incontrarrestable guerra psicológica en la que el país será bombardeado con discursos destinados a recordar en la población el estado de “caos” anterior al Golpe, y asociar el término marxismo con ideas simples y negativas como: violencia, escasez, escándalo, etc. (p. 126-7). Aquí, el autor establece un punto central de su obra, los tres tiempos del miedo que justificarían el actuar del Régimen. El primero pertenece al pasado reciente y el gobierno de la U.P. El segundo, se basa en la amenaza presente del marxismo soviético y su poder de seducción. Por último, el tercero se refiere a la posibilidad de un caos futuro, si el Régimen militar diera paso a una democracia liberal como la existente antes del Golpe, la que es interpretada como débil y peligrosa (miedo derivativo), ya que tendería naturalmente a destruir el orden pseudo-aristocrático que habría regido tradicionalmente los destinos de Chile. Así, se avanza desde un inicial proyecto de restauración nacional a uno de re-fundación, que finalmente se habría materializado en la Constitución de 1980 y la proyección de la Democracia protegida, comprobando la funcionalidad jurídica del Gran Terror, elemento sin el cual sería imposible comprender los derroteros profundos del Régimen y su herencia política (tránsito verificado desde La Declaración de principios de la Junta de Gobierno [1974], pasando por el Objetivo Nacional del Gobierno de Chile [1975] hasta llegar al Discurso de Chacarillas [1977])

El capítulo VI “La rearticulación de los miedos. Argentina, 1973-1977”, breve aproximación al caso argentino, algo exiguo en relación al resto del libro, se refiere al denominado Proceso de Reorganización Nacional, y su principal objetivo consiste en sentar las bases para una comparación entre los casos chileno y argentino, desarrollada en el siguiente capítulo: “Perspectivas comparadas del Régimen Cívico-Militar y Proceso de Reorganización Nacional. Algunos alcances”. Entre las similitudes encontradas por el autor, señala el clima de incremento de los miedos de la élite a partir de la década de 1960, la idea de que los militares constituían un sector especial de la sociedad auto-percibido como reserva moral, el miedo a la democracia liberal y la constitución de regímenes militares burocráticos. Respecto a las diferencias, se menciona el rol de la Iglesia católica, más coludida con el Régimen en el caso de Argentina, mientras en Chile se desarrolló tempranamente un discurso crítico inspirado principalmente en la defensa de los Derechos Humanos; la tradición política argentina, por otro lado, habría estado mucho más impregnada por la violencia (discursiva y material), y, por último, el desarrollo más temprano y a gran escala, en la nación atlántica de técnicas anti-subversivas y la identificación del subversivo, específicamente, como enemigo interno, mientras en el caso de Chile, este rol lo habría cumplido la U.P. y el comunismo de la U.R.S.S.

En el último capítulo: “Nuestros miedos”, balance de la obra, se destaca el rol político que el miedo ha jugado en la historia, y recuerda el caso de Terror jacobino en Francia. A su vez, el efecto transformador de la experiencia del miedo dictatorial en Chile y sus profundos efectos, entre los que se cuenta la cosificación del otro, identificado como objeto de temor (representante del caos), único recurso que permitiría crear una inter-subjetividad capaz de soportar la violencia extrema y sostenida en el tiempo. Timmermann, además, plantea preguntas que sólo podrán responderse en futuras investigaciones. En primer lugar, retomando las limitaciones de su trabajo, la cuestión de la imposibilidad de cuantificar el miedo, sobre todo en relación a los amplios sectores que la obra no aborda. Nos permitimos enumerar grosso modo: la resistencia al Régimen, sus víctimas indemnes, las mujeres y el específico terror de la violencia de género ejercida, tortura mediante, sobre sus cuerpos, etc. Además, señala la escasa atención que la historiografía ha otorgado al estudio de los mecanismos del olvido, en contraposición a los torrentes de tinta que han corrido por el lado de la memoria. Pensamos que es imposible abordar los problemas de la memoria sin tocar, aún de pasada, las del olvido, pero resulta evidente que sobre este último punto en específico no se ha investigado abiertamente, lo cual hace, cuando menos aventurado, reflexionar sobre el olvido desde una mirada histórica.

La obra se cierra con una abundante y actualizada bibliografía, que puede servir como guía para futuros trabajos en el campo de las emociones.

Por último, la obra plantea un interesante desafío a la denominada Nueva historia política, ya que constantemente, se tocan aspectos relativos a los elementos irracionales implícitos presentes en las relaciones de poder, en una suerte ampliación de la noción de biopolítica. Así, esta mirada sobre las emociones de las élites político-militares y económicas, permite

comprender la dimensión humana presente en la brutalidad de la represión desplegada, como el autor señala varias veces, absolutamente desproporcionada en relación a la amenaza que habrían constituido hipotéticamente los sectores de izquierda definidos como enemigos del Régimen. Esto no significa en ningún caso una toma de postura legitimadora de prácticas deleznales como la tortura, el secuestro y el asesinato, se trata más bien, de comprender que, a pesar de lo cruel de su carácter, no fueron llevadas a cabo por psicópatas ni por seres demoníacos, sino por seres humanos insertos en un proyecto político institucional alimentado por emociones perfectamente humanas y no por eso, menos destructoras y terribles.

Doménica Francke Arjel  
Estudiante Magister en Historia, UdeC.